

MUNIBE (Antropología-Arkeologia)	nº 59	133-156	SAN SEBASTIÁN	2008	ISSN 1132-2217
----------------------------------	-------	---------	---------------	------	----------------

Recibido: 2008-07-03
Aceptado: 2008-11-10

El túmulo funerario Neolítico de San Quílez. San Martín Zar – Treviño: un dispositivo y unos ritos originales en el cuarto milenio a. C.

The Neolithic funerary tumulus of San Quílez. San Martín Zar - Treviño.
An original deposit and rites in the fourth millennium BC.

PALABRAS CLAVES: Megalitismo, Inhumación, Neolítico, Treviño.

KEY WORDS: Megalithic, Burial, Neolithic, Treviño.

GAKO-HITZAK: Megalitismoa, ehorzketa, Neolitoa, Trebiñu.

Alfonso ALDAY⁽¹⁾, Estibaliz GUNDÍN⁽²⁾, Judith LÓPEZ DE HEREDIA⁽²⁾, Adriana SOTO⁽³⁾, Andoni TARRIÑO⁽⁴⁾

RESUMEN

Se presentan los resultados preliminares fruto de la excavación arqueológica llevada a cabo en el túmulo funerario de San Quílez, situado en la localidad de San Martín Zar, Treviño. A partir del trabajo de campo se definió la estructura del túmulo, conformada por bloques de pequeño tamaño y de marcada diferencia con respecto a los depósitos funerarios de los territorios colindantes (La Llanada alavesa y La Rioja). Asimismo, se recuperaron restos parciales de varias inhumaciones y un reducido número de elementos de ajuar, que a partir de su tipología y a la espera de las dataciones radiocarbónicas, nos han permitido situar provisionalmente el conjunto a finales del IV milenio a. C. A partir de los datos disponibles presentamos una interpretación del dispositivo funerario, entendiéndolo como un enterramiento secundario que llena el vacío documental existente con respecto a este tipo manifestación arqueológica en la zona.

ABSTRACT

We present the preliminary results of the archaeological excavation carried out at the funerary tumulus of San Quílez, located in San Martín Zar, Treviño. The structure of the tumulus was defined during field work. It consists of small blocks, quite different from burial deposits from other near territories (La Llanada alavesa and La Rioja). Also, the partial remains of several burials were retrieved as well as a small number of funerary elements, which according to their typology and waiting for the radiocarbon results, allow us to locate the assemblage by the end of the IVth millennium BC. From the available data we present an interpretation of the funerary deposit. We understand it as a secondary burial, which results a new type of archaeological manifestation in the region.

LABURPENA

Trebiñuko Sanmartinzar herriko San Quílezko hileta-tumuluetan egindako indusketa arkeologikoaren atariko emaitzak aurkezten ditugu. Landa-lanaren ondorioz, neurri txikiko blokeek osatzen duten tumuluaren egitura definitu ahal izan zen. Hileta-tumulu haien egiturak eta inguruko lurretako (Arabako Lautada eta Errioxa) hileta-tumuluenak oso desberdinak dira. Halaber, zenbait ehorzketatako hondakinak eta etxeko hornidura gutxi batzuk ere berreskuratuz ziren. Aurkikuntza horien tipologia kontuan hartuta, tumulua K.a. IV. milurtekoaren amaierakoa da. Hala ere, datazio erradiokarbonikoen zain gaude oraindik. Eskura ditugun datuak abiapuntutzat hartuta, hileta-tumuluen interpretazioa egin dugu. Gure ustez, bigarren mailako ehorzketa da, eta ingurune horretako mota horretako agerpen arkeologikoen hutsune dokumentala betetzen du.

A finales de junio y principios de julio de 2007 hemos procedido a la excavación, y primera valoración del lugar funerario de San Quílez, situado en la localidad de San Martín Zar (Condado de Treviño); se trata de un túmulo de mediana envergadura que acogía restos parciales de varias

inhumaciones y un muy reducido número de elementos de ajuar. No se han descrito en el área verdaderos megalitos, a pesar de ser un territorio intermedio entre la Rioja y la Llanada alavesa, regiones ambas con dólmenes de gran dimensión, por lo que el yacimiento llena parcialmente, y

⁽¹⁾ Departamento de Geografía, Prehistoria y Arqueología de la U.P.V.-E.H.U. Facultad de Letras. Paseo de Las Universidades s/n. 01006, Vitoria-Gasteiz. a.alday@ehu.es El trabajo de campo y la investigación en general participa de los criterios del Grupo de Investigación Consolidado y Alto Rendimiento en Prehistoria (GIU 06/55) de la Universidad del País Vasco y del proyecto Unidades regionales del Paleolítico Superior a comienzos del Neolítico en el Pirineo occidental y alrededores: entidades del paisaje y comportamientos industriales y simbólicos del Ministerio de Educación.

⁽²⁾ Departamento de Geografía, Prehistoria y Arqueología de la U.P.V.-E.H.U.

⁽³⁾ Becaria FPI del Gobierno Vasco, Departamento de Geografía, Prehistoria y Arqueología de la U.P.V.-E.H.U.

⁽⁴⁾ Investigador del CENIEH Avda. de la Paz, 28 Entreplanta, 09004.

con sus matices, un vacío documental hasta ahora no explicado. Junto a ello sospechamos, como razonaremos en el texto, que los ritos seguidos en el dispositivo funerario no dejan de ser originales por cuanto se salen de la norma de lo previsto en los documentos contemporáneos. A falta de valoraciones radiocronológicas directas consideramos, según el escaso ajuar recuperado, que el recinto se ubica a finales del cuarto milenio a.C.

1. CIRCUNSTANCIAS DEL HALLAZGO Y OBJETIVOS

La noticia del hallazgo nos fue facilitada por T. Urigoitia, quien junto a J. A. Madinaveitia reconoció el sitio por primera vez, mostrándonos su ubicación tiempo después. La recogida de unos pocos fragmentos óseos de apariencia humana permitían sospechar que estábamos ante un yacimiento arqueológico funerario, de tipología “anómala” para lo común en la región: no obstante el descubrimiento posterior, en visitas de control sobre el lugar, de alguna pieza lítica tallada nos permitía relacionarlo con el bien conocido fenómeno megalítico, dado que tales elementos son relativamente abundantes en las fases antiguas del mismo.

El túmulo estaba cortado por un camino de parcelaria, que, por informaciones orales, sabemos existía desde mediados del siglo pasado, pero que ha ido sufriendo diversos ensanchamientos, razón del hallazgo de los restos humanos. En esta situación, uno de los primeros objetivos de nuestra intervención buscaba la salvaguarda de los materiales arqueológicos que se recogían sobre el perfil del túmulo, el cual, en lógica, se iba deteriorando paulatinamente a lo largo de los inviernos.

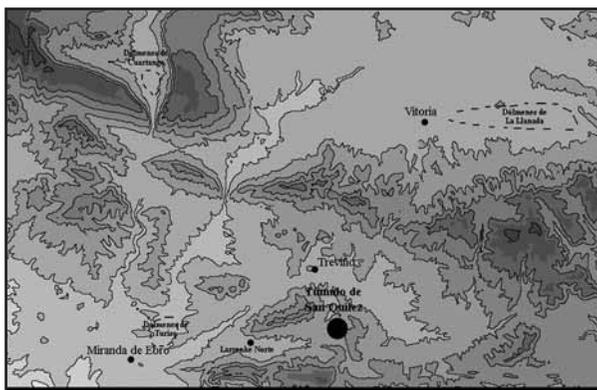
Por otra parte, dado que la tipología de los objetos rescatados nos hacía sospechar en una cronología neolítica, un segundo objetivo buscaba la concreción del dispositivo funerario, que a priori, se nos aventuraba como atípico. Su correcta descripción y comprensión era un deber necesario, más dada su excepcionalidad en el contexto en el que se enclava. Queremos recordar que el valle en el que se asienta el monumento, el del Río Rojo, fue intensamente prospectado en la década de los 80 del pasado siglo, localizándose un buen número de agregados prehistóricos: rebasan el centenar, que se concibieron unos como poblados, otros como talleres, y no faltaban hallazgos sueltos vinculados a explotaciones del sílex de “Treviño” (FERREIRA *et alii*, 1990). Sin embargo entre la

abundante documentación no se reconoció ninguno con carácter funerario. El túmulo de San Quílez nos abre, entonces y por primera vez, las puertas hacia la comprensión, en un valle bien poblado en tiempos holocénicos, de los sistemas de enterramiento seguidos.

Por último, y como es lógico en toda actuación arqueológica, la intervención buscaba también, mediante la clasificación de los artefactos y las valoraciones de cronología absoluta, aún por tasar, su inserción en el denso entramado prehistórico reconocido en la zona. Y más en concreto, la comprensión de su razón de ser que, como deduciremos desde varias perspectivas, parece va más allá del mero alojamiento de unos cuerpos humanos para adquirir un valor simbólico de cierto interés.

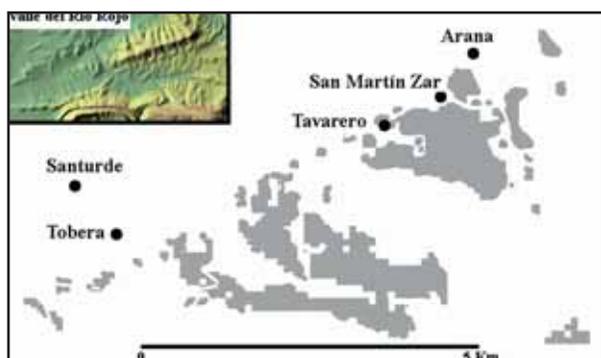
2. SITUACIÓN GEOGRÁFICA Y DESCRIPCIÓN DEL YACIMIENTO

El yacimiento funerario de San Quílez se trata de un pequeño túmulo situado en el arranque del valle del Río Rojo, entidad geográfica que, en su cabecera alta y media, pertenece administrativamente al ayuntamiento de Treviño. Concretamente, el terreno donde se ubica se adscribe al pequeño núcleo rural de San Martín Zar, muy cercano, a unos 700 metros, del de Arana (también del mismo ayuntamiento). Sus coordenadas geográficas son: 30T 0523212 4727227 a 705 m.s.n.m. (mapa 1).



Mapa 1. Ubicación geográfica del túmulo de San Quílez, en la cabecera del Río Rojo.

Desde el punto de vista geológico, nos situamos al sur de la Cuenca Vasco – Cantábrica, más detalladamente sobre el flanco Sur de la Depresión Miranda – Treviño. El área se caracteriza por la deposición de potentes series continentales entre el Paleoceno y el Mioceno, compuestos principalmente por con-



Mapa 1. En gris áreas de control visual inmediato y accesible en menos de una hora de marcha desde el túmulo de San Quílez y hacia el valle del Río Rojo, calculando sobre un metro y medio del terreno.

glomerados, areniscas, margas y calizas lacustres: convergiendo en el entorno del túmulo dichos elementos, al amparo de la falla abierta por el diapiro de Peñacerrada – Moraza. Conviene decir que en dicho medio son abundantes los afloramientos silíceos –tanto de las variedades de Loza como de Treviño–: a pesar de que los bancos de sílex más adecuados se localizan a unos pocos kilómetros del recinto, también es factible recoger nódulos de sílex en las inmediaciones del yacimiento.

Para la ubicación del dispositivo funerario se eligió un promontorio natural de no demasiada elevación que, aunque sin estructura llamativa que lo denuncie, es visible hoy, en un ambiente de deforestación, desde buena parte

del valle y sus estribaciones montañosas. La accesibilidad al yacimiento no presenta dificultad alguna: basta tomar el desvío que en la carretera Vitoria – Peñacerrada nos dirige a la localidad de San Martín Zar, al poco y desde una primera curva muy cerrada, parte un camino de parcelaria que asciende a los Altos de Arana, tras recorrerlo unos 80 – 100 m nos situamos en su mismo borde.

Nos parece elocuente que fue la alta visibilidad que ofrece el lugar causa decisiva de la elección del sitio frente a otros de similares caracteres –y también con promontorios naturales–: ciertamente en un ambiente más boscoso que el actual, plausiblemente más próximo a la realidad prehistórica, este valor estratégico quedaría parcialmente menguado. Desde el emplazamiento el dominio visual es muy llamativo (mapa 2 y foto 1): a) la totalidad del valle del Río Rojo –de unos diez kilómetros longitudinales– hasta, prácticamente, su desagüe en el Ayuda, llegando a distinguir desde el sitio los riscos de Bilibio en las Conchas de Haro y la localidad de Miranda de Ebro; b) la sierra de Moraza hasta la localidad de Portilla, que cierra por el sur el Valle y de gran interés en la prehistoria por contener el llamado “sílex de Loza” y; c) la Sierra de Araico, hacia el noroeste, sobre la que se abren los riquísimos afloramientos del “sílex de Treviño”.



Foto 1. Vista del Valle del Río Rojo desde el túmulo de San Quílez: sobre las montañas del fondo se abre el paso de Pancorbo.

Los caracteres señalados (valle de fácil control y bien comunicado, abundancia de materias primas líticas) debieron ser tenidos en cuenta por las numerosas sociedades prehistóricas que allí se asentaron. Como hemos indicado antes, las minuciosas prospecciones realizadas el pasado siglo denunciaron más de un centenar de localizaciones ubicadas, culturalmente, entre el Neolítico medio-final y las primeras edades de los metales –sin descartar algún enclave del Paleolítico superior- (FERREIRA *et alii*, 1990) con la identificación de algún poblado de envergadura, Larrenke Norte, objeto de excavación (ORTIZ *et alii*, 1983). El caso que nos ocupa, sin embargo, se desmarca de esta serie de evidencias por su carácter funerario, constituyendo además, una alternativa a las manifestaciones dolménicas y a los enterramientos espeleológicos de zonas geográficas cercanas. Las anteriores prospecciones no

Arana, y otro de dirección NW dirigido hacia la localidad del mismo nombre.

Precisamente la destrucción parcial sufrida por el ensanchamiento del primero de los caminos dañó la morfología y dimensiones del depósito funerario, pero su reconstrucción es factible. Al comenzar su excavación el promontorio se elevaba unos dos metros visto desde la vertiente norte del rellano amesetado en el que se enclava, y en torno al metro y medio desde la cara sur –es decir desde la ladera de acceso al centro del valle- (fotos 2 y 3): desde el plano 0 que tomamos como referencia su cota superior está a unos +125 centímetros y su base a unos -96. Su eje longitudinal, en paralelo al camino, tendría unos 22 metros, mientras que el transversal sólo se ha conservado parcialmente, con unos 6 metros, estimando como probable que su anchura se acercara hasta los 10 m.



Foto 2. Vista del monumento antes de iniciar los trabajos arqueológicos: puede notarse el corte del camino de parcelaria.

fueron capaces de denunciar el enclave, dada su gran capacidad para mimetizarse, una vez camuflada con vegetación, en el entorno: no obstante se señalaron en sus inmediaciones la presencia de objetos arqueológicos que convendrá en un futuro cotejar con lo hallado en el túmulo, más teniendo en cuenta que el mismo ha sido parcialmente removido por distinta maquinaria y, por tanto, dispersado parte de su ajuar.

Actualmente, el yacimiento se encuentra rodeado de fincas de cultivo cerealístico, situándose sobre una estrecha franja amesetada y lleca, y en el cruce de dos caminos: el que lo cortó que permite el acceso a los Altos de



Foto 3. Vista del túmulo desde el noreste antes de empezar los trabajos arqueológicos.

3. LA INTERVENCIÓN ARQUEOLÓGICA

La intervención arqueológica, que contó con los permisos pertinentes de la Consejería correspondiente de la Junta de Castilla y León - con número de expediente 07.26-, incluyó dos fases complementarias: los trabajos de campo propiamente dichos, y los de laboratorio llevados a cabo en la Facultad de Letras de la Universidad del País Vasco.

frontal y sagital se parceló el terreno en unidades de un metro de lado. Por las particularidades del sitio la intervención incidió sobre la banda 3, la más alta: afectó a los cuadros D3, E3 y F3 extendiéndose después hacia los colindantes E5, D5, F5 –trabajados parcialmente- y G3. El objetivo perseguido fue el reconocimiento del área funeraria, por tanto antrópica, del promontorio. (Figuras 1 y 2).

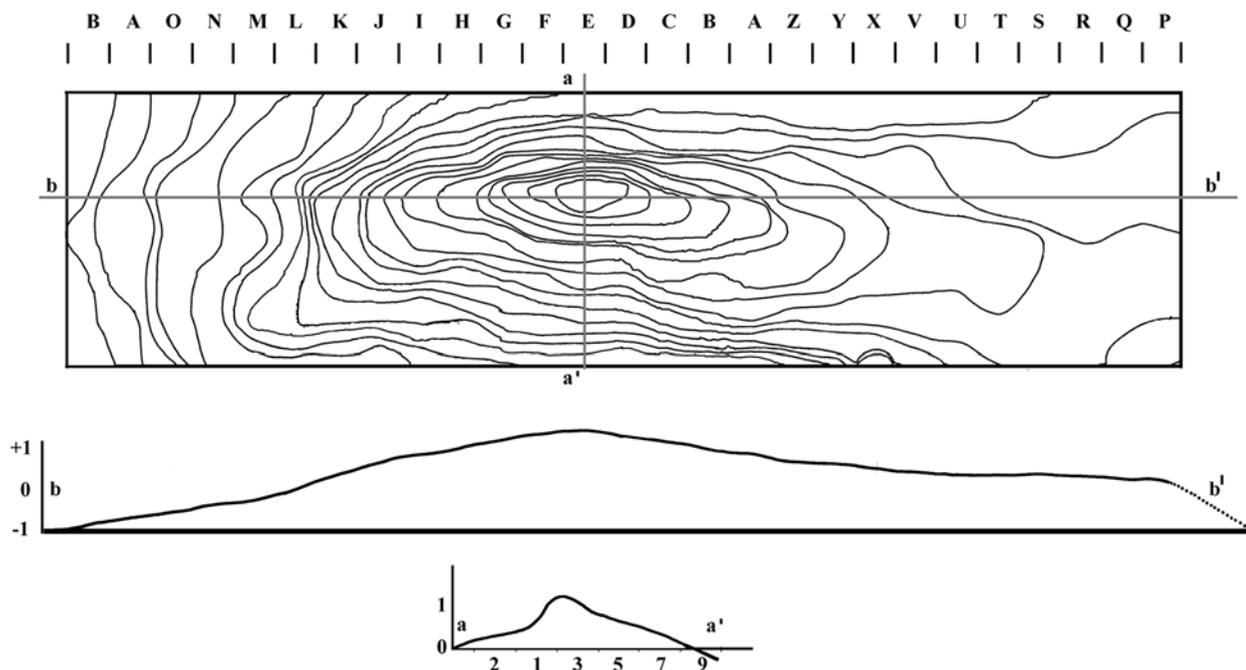


Fig 1. Planta y cortes (longitudinal y transversal) del túmulo al iniciar los trabajos de campo. Las letras superiores marcan la denominación de la cuadrícula de excavación, cada unidad tiene un metro de lado.

Se desarrollaron durante la segunda quincena del mes de junio del año 2007, dedicando las primeras jornadas a la limpieza general del entorno, recogiendo diverso material superficial, y la planificación de la cuadrícula del túmulo y de su área de excavación. Se usó el sistema de coordenadas cartesianas, ajustando un plano 0 de referencia sobre una estructura rocosa al noreste del yacimiento y a unos 60 cm del suelo base de la terraza. Proyectados los ejes

Como paso previo al rebaje de las tierras fue necesaria la limpieza del denso estrato arbustivo que cubría y camuflaba el túmulo: maleza, espinos, enebros, algún acebo y residuos varios. (Fotos 4 y 5).

El levantamiento de las tierras. Realizado con instrumental fino por semitallas de cinco centímetros o de menor espesor en el caso de cambio de nivel. Los hallazgos localizados in situ fueron coordinados tomando como X la distancia desde el norte del cuadro al objeto, como Y la distancia desde el oeste del cuadro al objeto y como Z la relación respecto al plano 0. Las tierras fueron cribadas en areles de malla fina. Se redactaban diarios individualizados por cuadro más otro general donde se indicaban los objetivos previstos para cada jornada y las

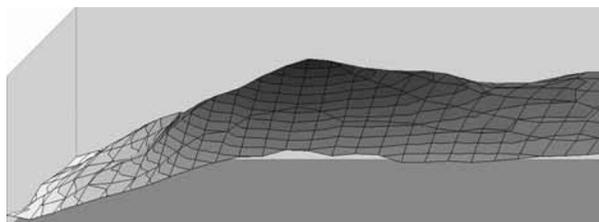


Fig 2. Reconstrucción en tres dimensiones del alzado del túmulo –cada cuadrado tiene un metro de lado.



Foto 4. Vista del túmulo desde la cara sur tras la retirada de la vegetación que lo cubría



Foto 5. Vista del túmulo desde la cara norte tras la retirada de la vegetación que lo cubría.

acciones que, efectivamente, se llevaban a cabo en el día. Se levantaron diversas planimetrías de los horizontes, se preparó un corte estratigráfico, y se fotografiaron varias situaciones de la excavación.

La recuperación del material arqueológico. El procedimiento seguido en la exhumación permitió coordinar in situ la mayor parte de los restos arqueológicos en cada una de las

capas levantadas, el resto, de pequeño tamaño, se recuperó en las labores de cribado. En ambos casos, cualquier tipo de evidencia fue anotada y registrada en los diarios de cada cuadro, lo que permitió, una vez finalizada la intervención arqueológica, la reconstrucción fidedigna de lo acontecido y hallado en el mismo.

En el laboratorio se ha registrado, inventariado, siglado y comenzado el estudio de los



Foto 9. Estado del túmulo al final de la excavación.



Foto 10. Reconstrucción del túmulo tras los trabajos de campo.

lotes arqueológicos, a la vez que se planificaba la remisión de muestras para su valoración mediante C14, y preparación del material para su futuro estudio antropológico. La sigla queda conformada por el número de expediente suministrado por el Museo de Burgos (07.26), el cuadro de pertenencia del hallazgo y un número de orden (que empezaba a contar desde uno para cada cuadro). V. g.: 07.26.D3.47.

La excavación del túmulo alteró, en lógica, el paisaje original del entorno (foto 9), creyendo por nuestra parte oportuno reconstruir su aspecto primario. Para ello rellenamos las zanjas que habíamos abierto con la propia tierra extraída, y que reservábamos junto al área de criba. Raseados los desniveles cubrimos el túmulo con una básica estructura vegetal (foto 10), esperando que el tiempo haga su labor.

4.- LA SECUENCIA ESTRATIGRÁFICA

El corte que el camino produjo sobre el túmulo nos permitió proyectar, con anterioridad a la propia excavación, una secuencia estratigráfica básica (figura 3). Distinguíamos, de abajo hacia arriba, un primer nivel de margas meteorizadas sobre el que se disponía un horizonte de conglomerados dispuesto en fuerte buzamiento E-W, y que encuentra su prolongación más allá del propio túmulo –al aflorar sobre

el terreno-. Una última capa de sedimento arcilloso daba paso, según zonas, al relleno antrópico o a la cubierta vegetal natural. El horizonte arqueológico se alcanzaba a los 10 / 15 centímetros sobre el suelo actual: sin embargo no se manifestaba en toda la extensión del promontorio natural, al contrario se limitaba, únicamente, a los cuadros centrales (fundamentalmente sobre D3 y E3) a partir de una concentración de clastos y bloques junto a diverso material.

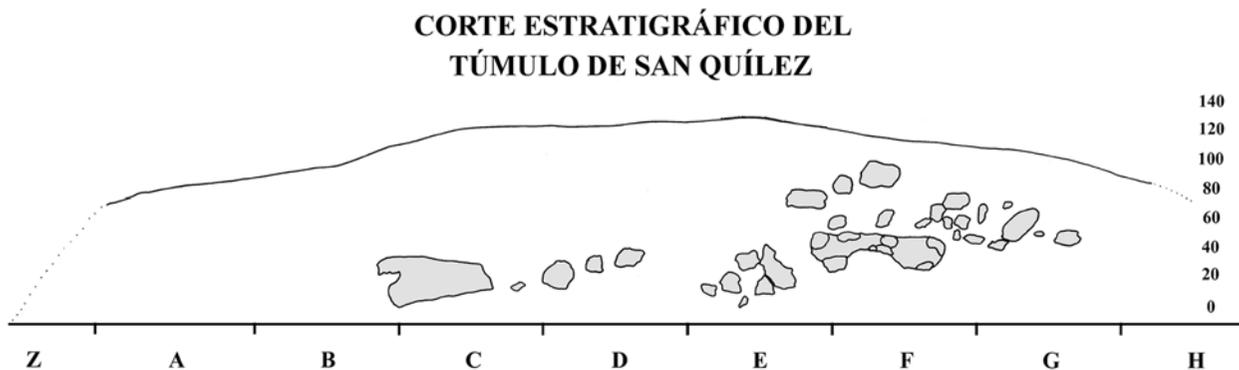


Fig 3. Corte estratigráfico abierto por el camino sobre la cara sur del túmulo: una franja de bloques con buzamiento este - oeste interrumpe las arcillas naturales. El relleno arqueológico ocupa el tramo superior central de la elevación. Cada tramo representa un metro.



Foto 6. Corte sobre el cuadro C3. Obsérvese la evolución del componente terroso con elementos meteorizados de la base, arcillas en la mayor parte y enriquecimiento de elementos terrosos y vegetales en el tramo final.

Como puede observarse en la fotografía 6, en las áreas del montículo no alterado por el dispositivo funerario, la secuencia estratigráfica es, en lo básico, *un continuum* con, describiendo desde abajo, una capa dura producto de la meteorización del sustrato rocoso, un nivel arcilloso natural que constituye la mayor parte del rellano levantado y, finalmente, una unidad enriquecida por elementos limosos y vegetales –sobre la que se asentaba la cobertura vegetal que camuflaba en el túmulo–.

A partir del cuidadoso rebaje de las tierras, con el auxilio del corte estratigráfico y a través del reconocimiento de diferencias en la textura, coloración y grado de compactibilidad de las tierras, se pueden distinguir y delimitar los diferentes niveles estratigráficos.

Nivel superficial:

Se toma a partir del despeje de las formaciones arbustivas actuales, y se caracteriza por unas tierras de coloración marrón grisácea, con aislados bloques y abundantes raíces procedentes de aquella cobertura vegetal. Es un sedimento suelto, básicamente arenoso y seco presente en todos los cuadros excavados (o limpiados) con una potencia máxima de 15 cm de espesor. Se recogieron pocos materiales, principalmente piezas dentarias y algunos fragmentos óseos –al parecer pertenecientes todos ellos a fauna moderna-, sin un contexto arqueológico definido.

Nivel 1:

Estrato constituido principalmente por tierras de color marrón oscuro y textura arenosa-limosa (estructura natural que entendemos como prolongación del anterior) y definido por la alta presencia de bloques calizos y de conglomerados de pequeño y mediano tamaño (excepcional la presencia de algún bloque grande): este lecho cubría únicamente, el tramo central del túmulo, y estaba ausente en los demás (figura 4 y fotos 7 y 8). En su interior, a medida que nos aproximamos al nivel inferior, se aíslan pequeños lentejones de tierra más arcillosa y compacta. El espesor de este nivel oscila entre los 10 y los 24 cm, dependiendo de los cuadros. Es sobre esta capa donde se recogen las primeras evidencias materiales contextualizadas y en posición arqueológica definida, aumentando su número justo por debajo de la capa de piedras ya en contacto con el nivel infe-

rior. Es muy evidente la estrecha relación existente entre los materiales y la capa de piedras del presente estrato.

Nivel 2:

Capa caracterizada por tierras arcillosas bien compactadas y de coloración marrón anaranjada. Sólo en la primera de sus unidades (2.1), y sobre dos de los cuadros de la excavación, pueden aislarse algunos bloques calizos, continuidad de los anteriormente descritos. Es la primera de sus semitallas la que entregó la mayor parte del registro óseo, siempre en relación con las concentraciones de bloques del nivel 1: por lo tanto y principalmente en el cuadro E3 y D3 y con alguna extensión sobre los E5 y D5. Como se refleja en el inventario, la mayor parte de los elementos son restos mandibulares –incompletos- y piezas dentarias sueltas. En el proceso de excavación se identificó también una clavícula y un fragmento de tibia, sin embargo, los demás restos son pequeños elementos de difícil identificación. No hay, excepto las mandíbulas, conexiones anatómicas, y aunque tal vez se perciba algún ordenamiento en la posición de los huesos (huesos largos en paralelo, en orientación oblicua respecto al eje mayor del túmulo...) la impresión general es la de descuido en la deposición de las partes anatómicas que se eligieron para enterrar.

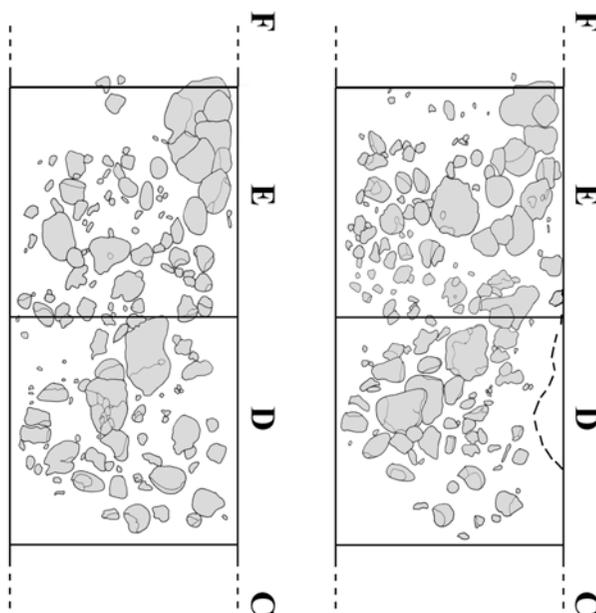


Fig. 4. Planimetría con evolución del lecho de bloques y cantos. Derecha lecho superior, izquierda lecho inferior. Fuera de los cuadros representados la capa estaba ausente.

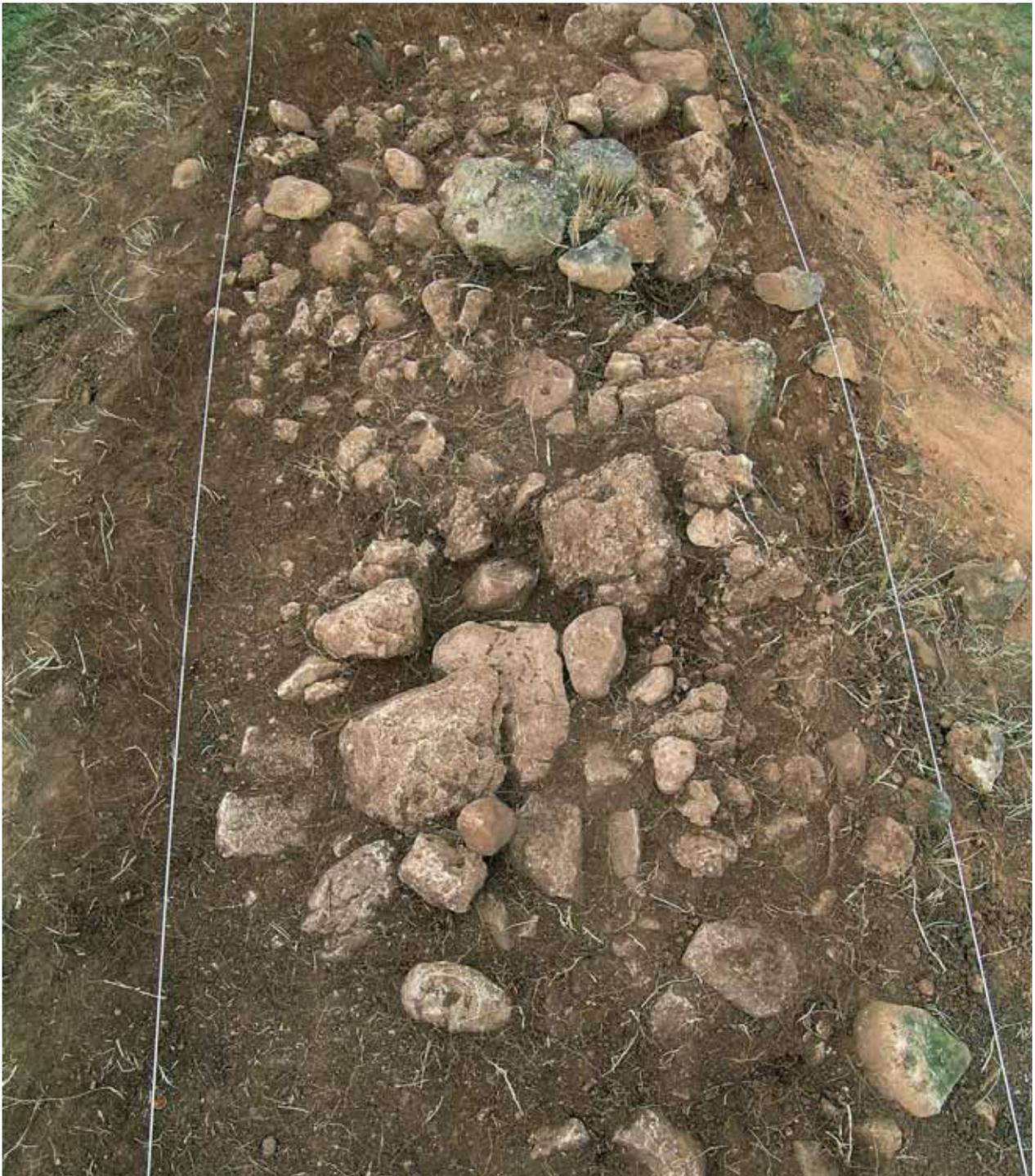


Foto 7. Planimetría del lecho de bloques y cantos en su tramo superior

El registro arqueológico de este nivel se completa con el hallazgo de algunas pocas piezas de sílex (retocadas y no) y de pequeños fragmentos cerámicos.

A medida en que se va profundizando sobre el estrato, los elementos arqueológicos comienzan a escasear hasta su completa des-

aparición. Las arcillas se endurecen, adquieren una coloración más anaranjada dando paso a una situación con margas meteorizadas. La potencia máxima del estrato –en lo excavado– alcanza los 15 centímetros, y al concebirse como la base natural se abandona la excavación del túmulo.

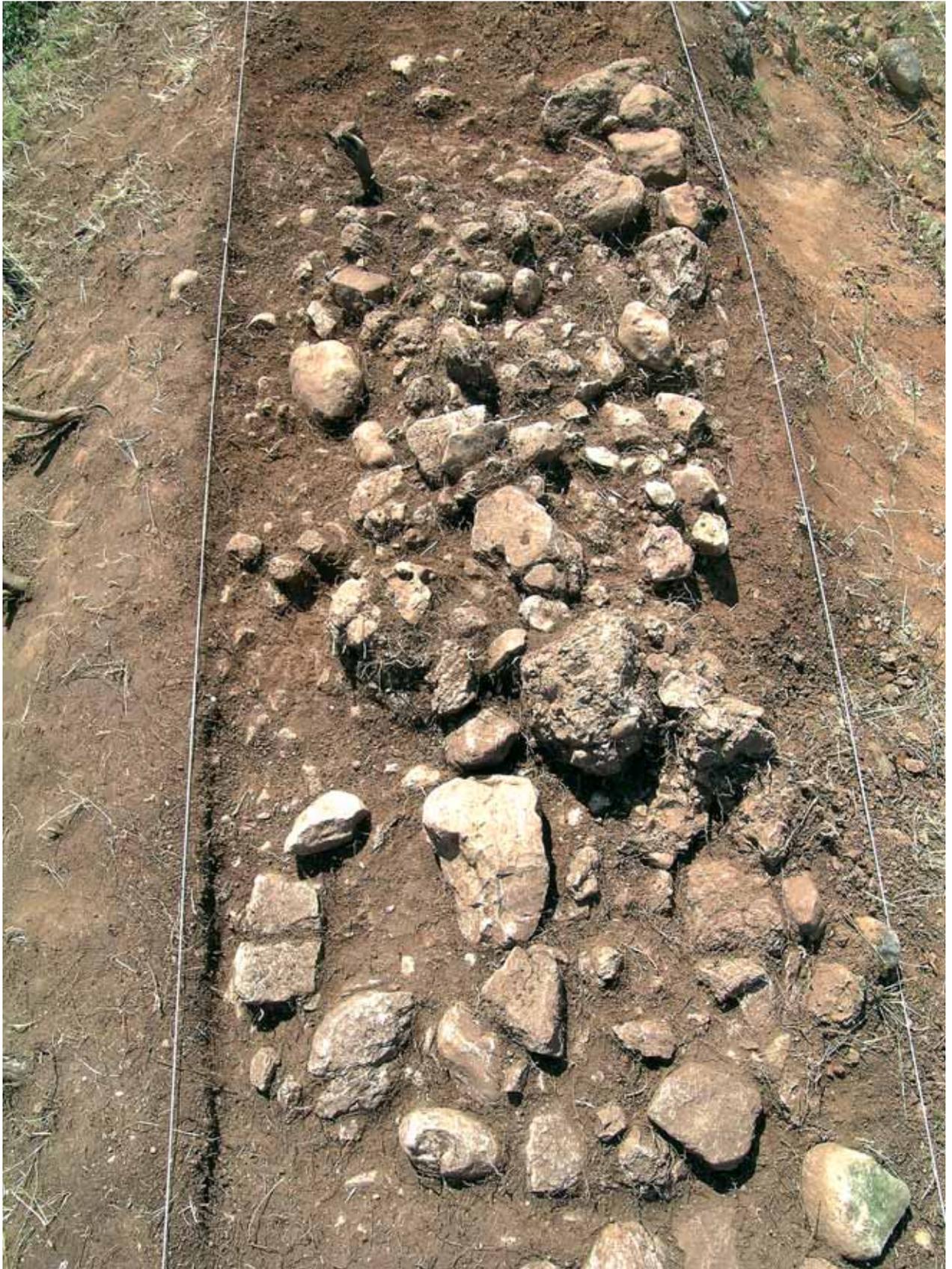


Foto 8. Planimetría del lecho de bloques y cantos en su tramo inferior.

5. EL MATERIAL ARQUEOLÓGICO RECUPE- RADO: EL INVENTARIO

Conviene distinguir entre el corto lote material recopilado los fragmentos óseos humanos (del que hacemos una valoración provisional en espera de un estudio antropológico fino), de las cerámicas y de los sílex.

5.1. Fragmentos óseos

Siete centenares y medio de fragmentos óseos en su mayor parte de pequeño tamaño y por tanto de difícil identificación (fotografías 11 a 13). A destacar:

- un fragmento de tibia, una clavícula completa, cuarenta y dos piezas dentarias sueltas y once agrupaciones mandibulares parciales (a lo que debe sumarse recogidas

previas a la excavación: un pequeño fragmento de cráneo, uno posible de tibia y otro de peroné).

La distribución del lote por unidades de excavación queda:

- a la unidad 1.1. le corresponden aproximadamente el 2,6% del lote;
- a la unidad 1.2. el 9,4% -recogidos entre los bloques-;
- a la unidad 2.1. el 77,3% -en contacto con la anterior unidad y justamente debajo de sus bloques-;
- a la unidad 2.2. el 0,2%.

Lo que falta proviene de prospecciones previas, retirada de los elementos vegetales y barridos superficiales.



Foto 11. Mandíbulas en el proceso de exhumación.



Foto 12. Huesos largos, obsérvese el estado de conservación, con multitud de verniculaciones.

Debe anotarse la alta frecuencia de los restos sobre el cuadro E3, al aglutinar algo más de las tres cuartas partes del inventario: ello indica que sobre el promontorio natural se eligió su punto central, y más alto, para la deposición de lo inhumado, el resto no se acondicionó ni, al parecer, se utilizó (figuras 5 y 6).

En una valoración provisional, que tiene en cuenta el recuento de las piezas dentarias, sueltas o agrupadas en fragmentos mandibulares, suponemos un número mínimo de inhumados de 6 a 8 (estimación a corregir en el estudio antropológico definitivo).



Foto 13. Las piezas dentarias son los componentes más abundantes en la colección osteológica.

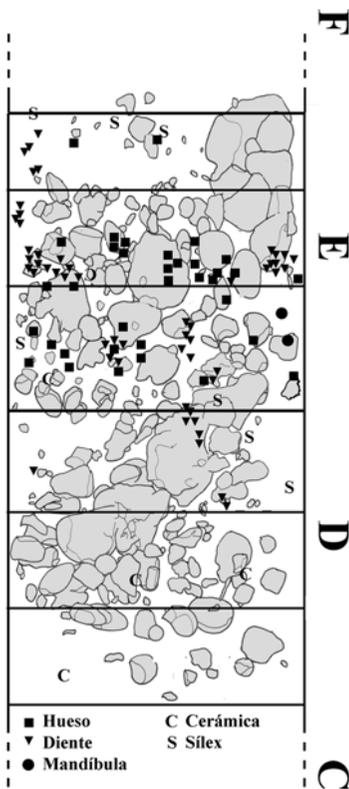


Fig 5. Distribución planimétrica de una buena parte del material arqueológico sobre las unidades 1.2 y 2.1. Obsérvese la posición concentrada de huesos y dientes y la tendencia más exterior de la cerámica y del sílex.

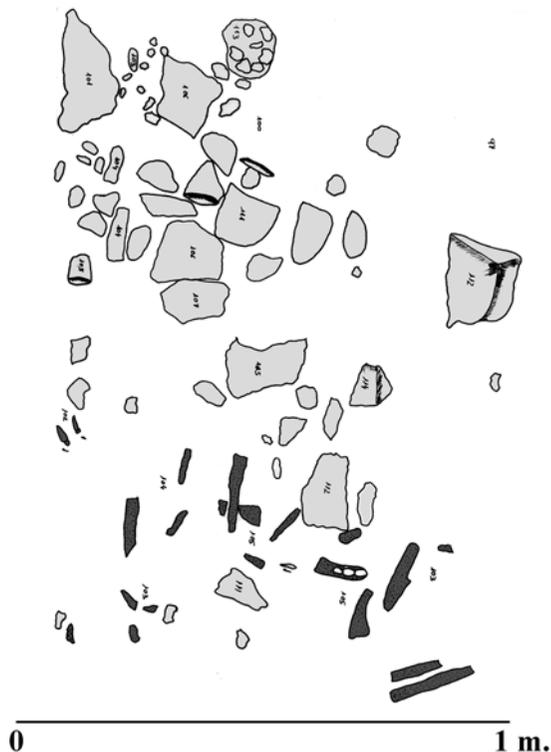


Fig 6. Detalle de la distribución planimétrica de los restos óseos según apuntes al natural.

5.2. Cerámica

En lo que respecta al material cerámico se han recogido 13 fragmentos de muy pequeño tamaño (el de dimensión mayor mide tan sólo 3x2'5 cm.). Como es lógico por la cronología estimada al depósito, se trata de alfarería elaborada a mano, de cocción reductora en su mayoría y mixta reductora-oxidante en unos pocos casos (tal vez un fragmento sea de cocción oxidante a juzgar por sus coloraciones anaranjadas externas e internas). Pertenecen a partes inconcretas de las panzas (no hay bordes ni fondos), y carecen de elementos de decoración. No hay pues elementos para juzgar su cronología concreta, que solo es inferida por la globalidad del dispositivo funerario.

A tenor de las variantes en los desgrasantes (composición y cantidad), los grosores y las coloraciones, distribuiremos el lote en siete grupos: no quiere el proceder identificar necesariamente cada grupo con un recipiente individualizado, tan sólo busca una descripción homogénea del inventario. Ninguno de los fragmentos, individualmente o reunidos en grupos, permite un acercamiento siquiera mínimo a la morfología de las vasijas. Es más, manejamos la hipótesis de que nunca de alojaron piezas completas, tan sólo algunos de sus fragmentos.

- **Grupo 1:** pequeño fragmento de color grisáceo, pared gruesa y desgrasantes grandes y abundantes de caliza;
- **Grupo 2:** fragmento de coloraciones rojizas al interior y al exterior, pared fina que mezcla desgrasantes muy grandes junto a otros muy pequeños todos de caliza;
- **Grupo 3:** tres fragmentos localizados sobre el mismo cuadro, de coloraciones negruzcas, paredes gruesas e incrustaciones de desgrasantes calizos y pequeños de cuarzo.
- **Grupo 4:** cuatro pequeños fragmentos con coloraciones rojizas al exterior y negruzcas al interior, la pasta es porosa y carece de desgrasantes.
- **Grupo 5:** fragmento de color parduzco al exterior y tonalidades rojizas y negras al interior, paredes finas con abundantes desgrasantes de pequeño tamaño de caliza como elementos dominantes y algunos de cuarzo.
- **Grupo 6:** fragmento de coloración negruzca (al interior y al exterior) de pasta fina y porosa

con pequeños desgrasantes calizos dominantes y otros posiblemente de mica.

- **Grupo 7:** dos fragmentos de coloraciones negras/parduzcas, de pared gruesa y con desgrasantes de caliza muy pequeños.

Por lo que respecta a su localización topográfica los fragmentos se recogieron mayoritariamente en la unidad 2.1., salvo uno hallado en la 1.1. y otro sobre la 1.2. Observamos, además, una tendencia a su concentración en el cuadro D3 –a diferencia de los restos óseos más abundantes en el E3-. Deducimos entonces que, a pesar de lo fragmentado de la colección, no se tratan de productos exógenos al ritual funerario, sino intencionadamente depositados con esas características –en variedades y tamaños- y en determinada sección del monumento.

5.3. Industria lítica

Las evidencias líticas, 35 en total, todas sobre sílex, contando tanto con matrices, como con restos de talla y piezas retocadas.

El primer objeto es el ápice superior de un núcleo piramidal, de pequeñas dimensiones, recuperado sobre el primero de los niveles. Se pueden apreciar negativos de extracciones microlaminares. No ha podido determinarse con seguridad su base material –a que variedad silícea se adscribe- a pesar de tratarse, sin duda, de formación evaporítica. En el estudio de A. Cava (1984) sobre las industrias líticas de los dólmenes del País Vasco meridional se describen distintas matrices nucleares en Eskatxabel, La Chabola de la Hechicera, Kurtebide, San Martín, El Sotillo y Aznabasterra, siempre más completas que la del túmulo treviñés.

Los elementos retocados se limitan a (foto 14.):

- un triángulo simétrico con un lado ligeramente curvo recuperado sobre el corte del camino –posiblemente del nivel 2.1-, de 31x12x2 mm. Tiene como base sílex Evaporítico del Ebro (figura 7.1);
- otro de similar porte –aunque fracturado en un extremo- del nivel 2.1, al que le calculamos unas dimensiones de casi 40 mm de longitud por 11 de anchura por 4 de espesor. Es de la misma variedad silícea que el anterior (figura 7.2);

- un trapecio asimétrico, con un lado cóncavo, del nivel 2.2 y dimensiones de 29x17x2,9 mm. Se elaboró con sílex de Loza (figura 7.4).

Los restos de talla son:

- 19 esquirlas;
- una lámina larga fina y estrecha de bordes ligeramente sinuosos que alcanza los 90 mm de longitud por 12 de anchura y 4 de espesor. Sobre sílex evaporítico del Ebro y muy posiblemente extraída por presión (figura 7.3);
- un par de lascas –destacando aquella de orientación transversal y carenada de 38x58x17 (figura 7.5)- y dos fragmentos de otras más;
- cinco fragmentos de láminas (figura 7.7);
- un fragmento de avivado de núcleo y
- un fósil síliceo.

No hace falta un repaso exhaustivo para comprobar la frecuencia de los geométricos trapeciales y triangulares en el interior de estructuras megalíticas. Reteniendo lo descrito para las cercanas estaciones dolménicas, recuperamos las referencias de: El Moreco, Las Arnillas, La Nava Negra, La Cabaña, Fuentepecina I, II (una treintena), III y IV, (hasta medio centenar), La Mina, San Quince, Valdemuriel y Nava Alta todos en La Lora burgalesa (DELIBES, ROJO y REPRESA, 1993); La Chabola de la Hechicera (APELLÁNIZ y FERNÁNDEZ MEDRANO, 1978), San Martín (hasta 40 mayoritariamente de la fase inferior de la cámara) (BARANDIARÁN y FERNÁNDEZ MEDRANO, 1964) y El Sotillo (BARANDIARÁN, FERNÁNDEZ MEDRANO y APELLÁNIZ, 1964) estos en la Rioja Alavesa; y La Lastra en el conjunto de Turiso.

A las convergencias formales de los geométricos se añaden las tipométricas: la media de los trapecios y triángulos dolménicos del área vasca es de 27,3 mm de longitud por 11,7 mm de anchura (CAVA, 1984). A pesar de que los de San Quílez están algo por encima de estos valores medios, entran dentro de los rangos generales. En esa misma publicación se constata que a diferencia de lo hallado en nuestro túmulo, son más numerosos los trapecios - 62%- que los triángulos -37%- y anecdóticos los segmentos. Asimismo, todas las producciones, como las rescatadas aquí, siempre se encuentran realizadas mediante retoques abruptos.

La incorporación como ajuar de láminas completas, o fragmentadas, de proporciones esbeltas y sección delgada es habitual en el megalitismo del entorno vasco. Sin hacer una relación detallada de casos, retenemos aquí los sitios de: Argarbi –casi en exclusividad suma la totalidad del ajuar-, Aizkomendi, Arzabal –por todo ajuar-, Bernoa - quizá la más similar a San Quílez en su tipometría-, Axpea –más anchas y largas y con la misma combinación junto a armaduras geométricas-, Corona de Hualde –ahora también sólo con geométricos-, Galupa I –prácticamente no hay otra cosa en sílex-, Galupa 2 –combinando con geométricos-, Gurpide Sur –varias de muy bella factura y retocadas-, Gorostiarán Este –de similares proporciones a la treviñesa-, La Mina –un bello catálogo no muy distante a San Quílez-, Landarbaso I –por todo catálogo láminas y geométricos abruptos-, San Martín –en su nivel inferior-, San Sebastián Sur –con la consabida combinación con los trapecios y triángulo- (APELLÁNIZ, 1973; ARANZADI Y ANSOLEAGA, 1915; ARANZADI, BARANDIARÁN y EGUREN 1919a, 1919b y 1920; ATAURI, ELÓSEGUI, y LABORDE 1951; BARANDIARÁN y FERNÁNDEZ MEDRANO 1964; BARANDIARÁN, FERNÁNDEZ MEDRANO y APELLÁNIZ 1971; CAVA 1984). Como informa A. Cava (1984), las láminas simples aparecen en el 65% de los dólmenes vascos, representando un tercio de los objetos líticos, estando el 75% de las mismas fragmentadas. Las dimensiones absolutas de las láminas halladas en San Quílez, y su proporcionalidad, en los casos en los que ésta ha podido ser establecida, es propia de la fase antigua del megalitismo. Este hecho, junto con la presencia de geométricos, permite definir una cronología para el dispositivo funerario, situándolo en el último tercio del cuarto milenio.

En el repaso de las bases materiales síliceas nos resulta llamativo que, ubicado el túmulo en las inmediaciones de la Sierra de Araico, que suministra con calidad y cantidad el llamado sílex de Treviño –mayoritario en un buen número de niveles sedimentarios de los yacimientos próximos- éste contribuya solamente con un par de elementos –una esquirla y una lasca-. Además, un trozo fósil de sílex, recogido en la capa de los restos humanos, proviene, sin duda, de las inmediaciones del monumento.

En estas circunstancias sorprende la frecuencia de la variedad del sílex de Loza, cuyos bancos



Foto 14. Elementos representativos de la industria lítica: Microlitos geométricos (1 a 3), lámina estrecha y alargada (4), ápice de núcleo (5), lasca (6) y fragmento proximal de lámina (7).

distan poco más de cinco kilómetros (o incluso algo menos para algunos puntos con afloramientos de no demasiada calidad). Hasta 11 piezas tienen esta base: 7 esquirlas, 2 fragmentos de láminas, otros 2 de lasca y el trapecio.

Más llamativa es la presencia de sílex Evaporítico del Ebro, no tanto por su cantidad sino por que su abastecimiento obliga a un recorrido de en torno al centenar de kilómetros: 5 esquirlas, la fina y estrecha lámina y los dos triángulos.

Hay además otras piezas elaboradas sobre sílex evaporítico, sin poder distinguir -macro o

microscópicamente- si se trata de la variante Loza o Ebro: una esquirla, un fragmento de avivado y un par de fragmentos laminares.

El catálogo se completa con un conjunto de unidades indeterminadas, al no poder ser encajadas en las demás variantes: es un grupo homogéneo muy posiblemente local y otro alterado por acciones térmicas -de, casi siempre, los estratos superficiales o superiores-.

Externamente las diferencias entre los sílex de Loza y los Evaporíticos del Ebro (y en consecuencia de aquellos que deben pertenecer a uno de ambos afloramientos), que representan al

68% de los sílex de San Quílez (o bastante más si descartamos los no identificados y los alterados) son poco perceptibles: es en su examen microscópico como pueden identificarse con seguridad. Por tanto lo que parece que interesa con relación a los ritos funerarios seguidos en el túmulo es el depósito de unos objetos de textura suave y color blanquecino traslúcido, en cuya elaboración puede exigirse alguna pericia técnica –al menos para la larga lámina- y que además no

son comunes en las tareas domésticas: no parecen que trapecios y triángulos abruptos sean habituales –más bien faltan- en los espacios de habitación aproximadamente contemporáneos al túmulo, pues, desde el Neolítico antiguo, los geométricos habituales serán los segmentos en doble bisel –y con una tipometría menor a los microlitos dolménicos-. Prima pues el valor simbólico en estos ajuares (¿y tal vez sean, según su tipología, una reminiscencia de un pasado anterior?).

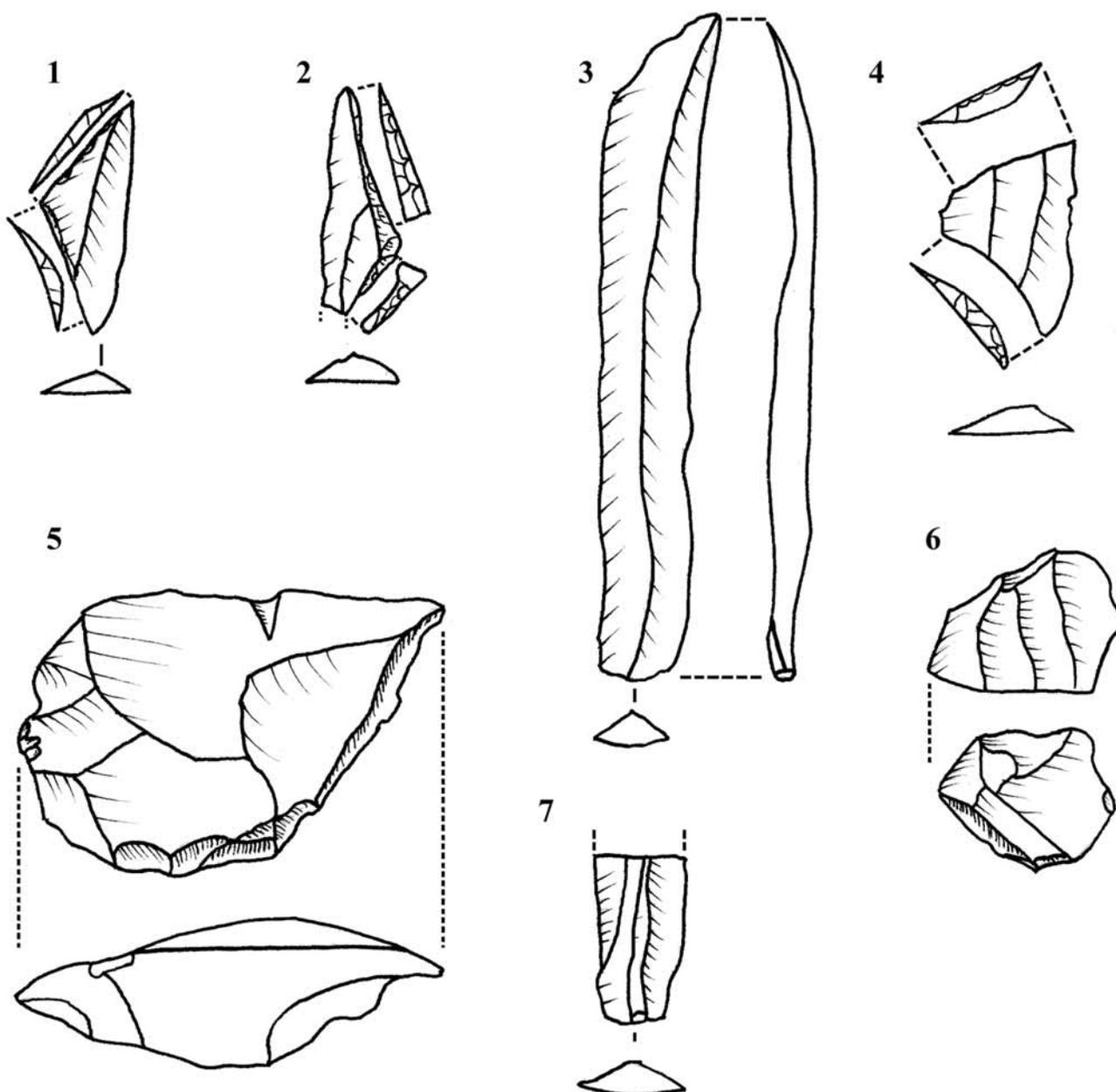


Fig 7. La industria lítica: Microlitos geométricos (1, 2 y 4), lámina estrecha y alargada (3), lasca (5), ápice de núcleo (6) y fragmento proximal de lámina (7).

6. DISCUSIÓN

Con los datos que hemos ido recabando durante el proceso de excavación más los posteriores trabajos de laboratorio, y a falta de otras comprobaciones (tales como valores radiocronológicos o, si es posible, estudios de ADN) podemos aventurar tanto una descripción como una valoración del yacimiento y su significado.

No cabe duda que estamos ante un dispositivo funerario ligeramente atípico para lo común en el área y en la época, al aprovechar un promontorio natural que apenas si alteran mediante estructuras –al menos perdurables-. El altozano sobresalía al iniciar su excavación unos dos metros sobre la terraza en la que se asienta, y era –es- bien visible desde varios puntos del valle: sobre el mismo, en sus cotas superiores y sólo en su tramo central, depositaron los restos humanos correspondientes, en una estimación provisional, entre 6 y 8 individuos. Posteriormente los recubrieron con un lecho de piedras y bloques seleccionados por su tamaño y composición. Al parecer no se cubrió con tierras.

Para comprobar el carácter selectivo de los componentes del lecho tomamos las tres dimensiones de 50 de sus elementos –aleatoriamente- y los cotejamos con otros 50 bloques recopilados en la terraza. La gráfica adjunta (figura 8) visualiza los volúmenes calculados de todas las unidades computadas: se comprueba que los módulos de las piedras del lecho son sensiblemente mayores a los de la terraza –en donde con dificultades encontraríamos los bloques mayores-.

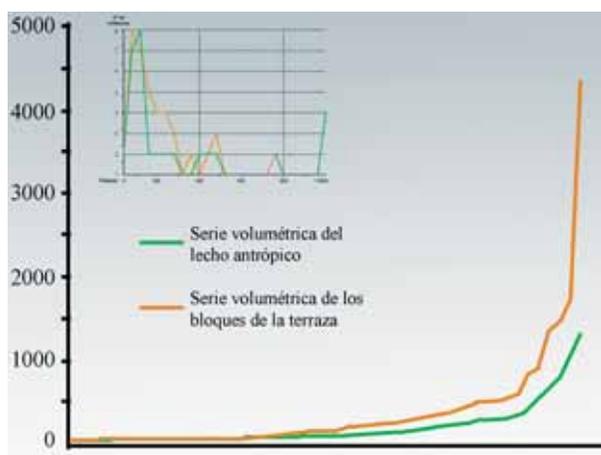


Fig 8. Representación volumétrica de 50 bloques del lecho y otros tantos de la terraza: medido en mm³ en el primer caso por debajo de 100 hay 21 elementos, de 100 a 200 6, de 200 a 300 7, de 300 a 400 3, de 400 a 500 4, de 500 a 600 3, de 600 a 900 2, de 900 a 1300 y de 1300 a 4400 4; en el mismo orden en el segundo los valores son: 26, 10, 6, 3, 0, 1, 2, 2 y 0,

Por otra parte según a) la naturaleza-textura de los bloques y cantos, y b) sus aristas, hemos distinguido entre: 1) calizas, conglomerados gruesos y conglomerados finos y; 2) angulosos y redondeados. Entre los elementos del túmulo el 72% son de caliza, el 14% conglomerado grueso y el 14% restante conglomerado fino. Entre las rocas del entorno, en el mismo orden, los porcentajes son del 94%, 4% y 2%, de donde deducimos una preferencia a favor de los conglomerados para la confección de la estructura (en su saldo están sobrerrepresentados en un 22%). Respecto a las aristas, éstas son angulosas en un 48% de las unidades del túmulo frente a un 4% en la terraza: una diferencia de 44 puntos que, lógicamente a la inversa, se mantiene entre las rocas redondeadas, reafirmando los criterios de selección mencionados

Como se sabe los túmulos son elementos habituales en las arquitecturas megalíticas, pero al parecer no en todos los casos responden a necesidades tecnológicas (para la correcta edificación del monumento). Quizá por eso no hay relación evidente entre túmulos y cámaras, superando con creces, a menudo, las dimensiones del galgal a las exigencias constructivas: se desprende en estos casos un interés social, posiblemente vinculado a la visibilidad del panteón, en su elaboración (ANDRÉS, 1977, 95-96 y 1978 56-57).

Dentro de la heterogeneidad arquitectónica del llamado fenómeno dolménico vasco conviven muy diversas arquitecturas: simples unas, más complejas otras, con cámaras casi todas. Entre las más atípicas, y cercanas tipológicamente a San Quílez, debe destacarse el túmulo de Trikuai ziti I, levantado sobre un promontorio natural que le daba un aspecto más impresionante del que verdaderamente corresponde a sus elementos constructivos: elevado a partir de una masa de piedras en forma de casquete esférico de 15 por 17 metros de diámetro y una altura de 60 centímetros (si bien junto a la loma natural se elevaba casi dos metros y medio sobre la pradera). Las piedras usadas eran de gran tamaño, comúnmente inclinadas y apoyadas unas sobre otras, y al monumento le pertenece una cámara y un peristilo. Quizá mayores similitudes puedan encontrarse entre el dispositivo treviñés y Trikuai ziti II: también aprovecha una loma natural que se eleva en unos 30 centí-

metros a partir de un galgal de bloques no bien organizados. A diferencia de su vecino carecía de cámara, aunque sus excavadores no descartan que acciones no controladas hayan desmantelado parcialmente el monumento. Cercano a ambos es la construcción de Larrarte también con apariencia tumular aunque posiblemente muy deteriorado en el momento de su descubrimiento y excavación (MUJICA y ARMENDÁRIZ, 1991). Tanto el primero como el último nos remiten al último tercio del sexto milenio BP (I-144499 5300±140 Trikuaziti I; I-14919 5070±140 Larrarte), fechas que pensamos son adecuadas para San Quílez.

Tampoco pueden considerarse gemelos a San Quílez, a pesar de ser descritos como túmulos, los monumentos del conjunto Arrolamendi-Jentiletxe, por cuanto éstos suelen conformar una estructura poderosa mediante lajas imbricadas mientras que en San Martín Zar se satisfacen con una lecho plano a partir de bloques de menor talla: presumimos una distancia cronológica entre los guipuzcoanos y el treviñés (ALTUNA, APELLÁNIZ y RODRÍGUEZ DE ONDÁRROA, 1964).

La tumba ideada por las poblaciones que moraban en Treviño es, por su concepción, sencilla, y no exigió grandes esfuerzos sociales en su elaboración. Lógicamente lo hallado en su interior son restos humanos, en estado de conservación deficiente que, en su suma, no permiten la reconstrucción de ningún individuo: no se localizaron restos en posición anatómica –fuera de conexiones dentales-. Entre lo rescatado faltan numerosos huesos: de manos, de pies, caderas, de costillas, de cráneos –un pequeño fragmento-, de los huesos largos (alguno hay, pero parcial)... En consecuencia los elementos más numerosos son las mandíbulas y piezas dentarias sueltas –al margen de una clavícula y partes de tibias, de cúbito...- El resto son fragmentos que por su tamaño no servirán para su catalogación anatómica- Dos hipótesis cabe inferir de esta situación:

- que el fenómeno sea consecuencia de una conservación diferencial de carácter natural;
- que la anomalía tenga un trasfondo cultural (o ritual si se prefiere), que promociona unas partes esqueléticas frente a otras (e incluso pudiera pensarse en una tercera vía que combine las dos señaladas).

Si bien la primera opción no se puede descartar, consideramos que algunos otros huesos compactos, además de los recogidos por nosotros, deberían también, haberse conservado –cuando menos parcialmente-. Haciendo un repaso rápido sobre necrópolis neo-eneolíticas de excavación reciente –suponiendo entonces una buena recogida del material arqueológico- observaremos que:

- a) es habitual en las cuevas el hallazgo de numerosos restos humanos con una relación aceptable de las distintas partes anatómicas. Ocurre por ejemplo en Nardakoste IV (estimando una docena de individuos sobre un estrato de unos 30 cm, a partir de medio centenar de fragmentos craneales, una decena de maxilares, numerosos dientes, más de dos centenares de fragmentos de vértebras, y un centenar de costales y bastantes evidencias de húmeros, radios, metapodios, falanges –más del centenar... - ARMENDÁRIZ, ETXEBERRIA y HERRASTI, 1998-), Urtao II (más de medio millar de restos craneales y un centenar de maxilares, casi un millar de dientes, más de 800 fragmentos vertebrales y una gran cantidad de huesos largos -ETXEBERRIA, 1989-), Iruaxpe I (aquí poco más de una docena de enterrados según se desprende de más de 81 fragmentos de cráneo, una treintena de maxilares inferiores-superiores, tres centenares de dientes, dos centenares y media de fragmentos vertebrales y casi medio millar de fragmentos costales... - ETXEBERRIA, 1987-), Pico Ramos (donde aproximadamente en torno al 50% de los huesos largos estarían representados, comparando con los dientes, situación que se explica o bien por el alto grado de fractura de los huesos, que impide una mejor clasificación, o bien por remociones selectivas y/o deposiciones primarias y secundarias –BARAYBAR y RUA, 1995), Gobaederra (unas ocho decenas de inhumados con cuatro cráneos completos y casi 300 fragmentos de otros, 700 piezas dentales, más de 500 vértebras, y 300 fragmentos de costales, 80 fragmentos de clavículas y gran cantidad de huesos largos –ETXEBERRIA, 1986) y Las Yurdinas II (aquí 44 cráneos completos y más de 3.000 fragmentos, unos 400 elementos maxilares, 2.500 dientes sueltos, 120 fragmentos de

esternón, más de 4.500 de costillas y unas 2.200 de vértebras, 179 de fémures, 200 de peronés y algo menos de tibias entre otros huesos completos y no para un número mínimo de individuos de 95 -GÓMEZ, 2003-). La relación ejemplariza bien que, en estas situaciones, a pesar de pérdida del material óseo es fácil el reconocimiento de todas las partes anatómicas de un esqueleto –por descompensadas que estén-;

- b) en los dólmenes el panorama parece bastante similar –si bien los datos no gozan de publicaciones tan detalladas como las expuestas para las cuevas-. Las antiguas excavaciones de Aizkomendi indican el traslado en carretas de numerosísimos restos óseos pero sin más precisión (ALDAY, ORTIZ DE URBINA, SÁENZ DE BURUAGA, 1993), en Kurtzebide, sobre una arquitectura difusa, se mencionan fragmentos mandibulares, 81 dientes, 11 fragmentos de costales, 2 clavículas, 6 fragmentos de húmeros, alguna tibia, cinco rótulas y bastantes restos de manos y pies, todo para unos seis individuos (VEGAS, 1981). Para la cercana estación megalítica de la Rioja Alavesa los comentarios sobre el material antropológico son muy escuetos, y poco resolutivos: en San Martín se citan casi una veintena de cráneos más algunos dientes, huesos largos y fragmentos (BARANDIARÁN y FERNÁNDEZ MEDRANO, 1964); de las excavaciones en el de Los Llanos se han editado fotografías con un gran número de elementos óseos –como lo son también, y muy variados, los del sitio –no exactamente dolménico- de San Juan ante Portam Latinam. También deben ser muy numerosos, y variados, los restos óseos del no lejano centro megalítico de Sedano: como ejemplo recordar que se cifra en un centenar de individuos los hallados en el de Las Arnillas, conservándose restos de todas las partes anatómicas (DELIBES, ROJO Y SANZ, 1986). Pero frente a esta situación varios de los monumentos del País Vasco cantábrico carecen, en muchos casos de manera absoluta, de restos óseos: la estructura basáltica sobre la que se asientan dichas tumbas no permitiría la conservación de los fragmentos óseos. En estos casos sí que nos encontramos ante un problema de conservación, ya que en dichas ocasiones

se destruyen tanto los huesos más livianos como los más densos. De los tres monumentos antes citados, la estación de Murumendi Larrarte entregó algún material antropológico (se calculan al menos 12 individuos según los fragmentos de cráneos, 10 mandíbulas, 6 escápulas, escasas vértebras, pero numerosos huesos de pies y manos así como fragmentos de 11 húmeros entre otros), en Trikuaitzi I se recogieron tres dientes y Trikuaitzi II carece de inventario óseo (MERINO, 1991);

- c) una situación nueva nos la proporcionan aquellos abrigos bajo roca que, puntualmente y tras un largo periodo de uso del espacio como lugar de hábitat, sirven para el alojamiento de inhumaciones. En Fuente Hoz se aislaron diversos esqueletos en perfectas conexiones anatómicas y, con alguna frecuencia, junto a estructuras que limitaban el recinto funerario. En Atxoste al menos dos de los individuos fueron depositados en posición fetal forzada, y no faltan otras conexiones anatómicas. En ambos lugares lo habitual es rescatar la mayor parte de los huesos de los muertos, no habiendo ningún tipo de selección entre lo alojado ni son notorios los problemas de preservación.

Es evidente que en San Quílez hay algunos problemas de conservación diferencial, ya que la excavación permitió el hallazgo de dientes perfectamente alineados pero sin quedar unidos por sus correspondientes maxilares: la rama mandibular no aguantó el paso del tiempo.

No obstante, calculando, aunque sea provisionalmente, que los restos óseos pertenecen a un número mínimo de entre 6 y 8 individuos –contabilizando algunas piezas dentarias- y dado que el espacio limitado por el lecho de bloques, bajo el que se depositaron los restos, está en torno a los dos metros cuadrados, y que la potencia de este estrato es reducida, consideramos muy improbable que en dicho espacio se alojaran los cuerpos completos de los cadáveres. Recordemos que en las cuevas sepulcrales (en las anteriormente citadas y en otras) las capas que alojan los restos superan los 30 centímetros y llegan en ocasiones a los 60; para los monumentos megalíticos la situación sería muy pareja. En el túmulo treviñés el estrato es netamente menos potente.

Si el razonamiento anterior es válido deberíamos aceptar que estamos ante una acción cultural premeditada, donde lo que interesó fue la deposición secundaria de unos restos que, previamente, habrían sido descarnados en otro lugar –por exposición, enterramiento primario...-. Al túmulo de San Quílez se trasladaría una selección de los esqueletos –y no necesariamente los huesos de más fácil transporte-. Desde luego de ser así estaríamos ante un hecho nada habitual: se ha señalado que no hay indicios seguros de inhumaciones secundarias en cuevas y dólmenes cantábricos (ONTAÑÓN y ARMENDÁRIZ, 2005-2006), pero no debe descartarse tal posibilidad según apuntes de arquitecturas burgalesas (DELIBES, ROJO y REPRESENTA, 1993, 30).

En estas circunstancias, si aceptamos que estamos ante un enterramiento secundario, pudiera discutirse la verdadera naturaleza como ajuar de los escasos y pequeños fragmentos cerámicos y los restos y piezas sobre sílex: sin embargo, dado que no formó parte del ritual la cubrición con tierras de los inhumados, el material se debió incorporar junto a los muertos. En este sentido es llamativa la información que proporciona la industria lítica: buena parte de los restos son esquirlas mínimas que denotarían acciones de talla. Sugerimos que el ápice de núcleo y las esquirlas sean resultado de la talla in situ, y como posible acción del ritual funerario, de los geométricos y de la fina y estrecha lámina –tal vez también de las demás-. Es factible que el grupo, con un pequeño stock de sílex de Loza y Evaporítico del Ebro, se dedicara a la talla y retoque de unos útiles con claro propósito votivo. Residuos de talla se han rescatado en otros dispositivos funerarios –sirvan de ejemplo Kurtzerbide o la estación dolménica de Murumendi-. Es llamativo el uso de dos variedades síliceas de aspecto externo muy similar (los evaporíticos de Loza y del Ebro) en lo que parece la búsqueda de un resultado estético preciso: y por lo mismo el desprecio hacia el sílex de Treviño, cuyos bancos, como se ha señalado, afloran en las inmediaciones del túmulo. Y recordamos que al abordar el componente cerámico del monumento deducimos, por su localización que no se tratan de productos exógenos al ritual funerario.

De ser acertadas nuestras suposiciones San Quílez representaría, por ello, una variante interesante dentro de los complejos dispositivos fune-

rarios que comienzan a generalizarse a partir del neolítico avanzado en el área vasca. Frente a los sepulcros megalíticos que se erigen a finales del cuarto milenio BC, y frente a las cuevas de utilidad funeraria que se popularizan poco después, se opta por una frágil estructura tumular, natural pero reacondicionada. Dado que el valle, por el sustrato geológico que le es propio, no suministra losas de cierta envergadura, la erección de arquitecturas megalíticas no sería posible y el entorno tampoco ofrece cavidades donde recoger a los muertos –práctica que como desvela el interesante depósito de Las Yurdinas (FERNÁNDEZ ERASO, 2003) a unos diez kilómetros de San Quílez, sería algo más tardío que la fecha que otorgamos al túmulo treviñés, del último tercio del IV milenio BP -. La solución ideada –sin menoscabo de otras posibles como las fosas, conocidas contemporáneamente en áreas meseteñas no megalíticas- encuentra en estas circunstancias un aval: su escasa visibilidad, dado que se camuflaba perfectamente en el paisaje, nos obliga a estar alerta ante otros posibles casos que estén mimetizados.

Se trata, por tanto, de una tumba colectiva, en realidad para, posiblemente, un realojo de fracciones de esqueletos ya descarnados: sospechamos además que la deposición de todos ellos debió ser simultánea, sellando el panteón con el lecho de bloques y cantos. ¿Qué razones, si no son estrictamente ideológicas y por ello difíciles de desentrañar con los datos arqueológicos, motivaron al grupo a actuar de aquella manera? Quizá el hecho de que la sepultura puede ser divisada desde bastantes puntos del valle y sus estribaciones montañosas, y así servir de referencia territorial. A colación traemos la circunstancia de que el linde entre las localidades de San Martín Zar y de Arana pasa, precisamente a unos muy pocos metros del túmulo: o lo que es lo mismo, prácticamente en él se separa el valle del Río Rojo del de Inglares.

En el cuarto milenio antes de Cristo se afianzan las formas económicas productivas experimentadas desde el último tercio del quinto. Son paralelos al fenómeno la consolidación del poblamiento al aire libre y, con bastante seguridad, un aumento demográfico notable. En el Río Rojo esta dinámica, que se extiende por el tercer milenio, toma cuerpo, a tenor de la cronología que se otorga a los numerosos poblados

reconocidos. Si a esto añadimos que los nuevos vectores económicos, especialmente la agricultura, *fuerza* el sedentarismo de los grupos, la fijación de fronteras no debe demorarse mucho tiempo. El conjunto del Río Rojo, a pesar de sus dimensiones reducidas, ofrecería buenas posibilidades: tierra fértil en el valle, pastizales y bosques donde cazar en los relieves montañosos, y unos muy ricos afloramientos de sílex -bancos de Loza y de Treviño- que eran explotados con regularidad. Y quienes allí vivieron sintieron, tal vez, la necesidad de delimitar su ámbito frente a otro, mostrando para ello a sus antepasados como advertencia de su larga permanencia en el sitio: debiendo para ello idear un dispositivo funerario heterodoxo que emula a los dólmenes que en áreas cercanas (Rioja Alavesa, Llanada Alavesa, Ribera Baja...) habían comenzado a levantarse. Es oportuna aquella reflexión de T. Andrés según la cual frente a explicaciones mecanicistas del colectivismo funerario observa la necesidad de entender cada caso *dentro de su propio contexto, en toda su magnitud, desde lo tecnológico a lo ideológico...* pues *surgen como realidades históricas y sociales* (ANDRÉS, 1998, 137-138): así se entienden adecuadamente las particularidades del dispositivo funerario de San Quilez.

En definitiva el panteón de San Quilez es el primer caso de tumba prehistórica del Condado de Treviño, cifrada a finales del sexto milenio BP que engarza, por su posición geográfica intermedia, con las estaciones dolménicas de la Llanada alavesa – Turiso/Ebro – Rioja alavesa. Aunque participa del mismo espíritu se desmarca de ellas por lo singular de su estructura: un pequeño túmulo al amparo de un montículo natural, sin cámara, pasillo u otro elemento de losas, tan sólo un lecho de bloques posiblemente realizado en un momento con el fin de recubrir unos restos humanos, que creemos seleccionados y en deposición secundaria.

7. CONCLUSIONES

El túmulo de San Quilez representa una novedad tanto por la ubicación en la que se localiza como por las singularidades que incorpora al ya de por sí complejo mundo funerario que se abre en el Neolítico avanzado/final. Se emplaza en una comarca que desde esa época conocerá un gran esplendor, a juzgar por el número de yacimientos al aire libre que le son contemporáneos, en la que faltaban, precisamente, mortuorios: situación que no dejaba de sorprender al encabalgarse geográficamente entre dos áreas alavesas con importante número de megalitos.



Fig 9. Recreación del túmulo de San Quilez.

La ausencia de cuevas y la imposibilidad de obtener grandes losas para la edificación de dólmenes motivó la erección de una estructura atípica: el túmulo de San Quílez. Se aprovecharon de un pequeño altozano natural, estratégicamente ubicado en la cabecera del valle, para depositar en él huesos seleccionados de varios individuos: sobre ellos se dispuso un lecho de bloques y piedras cuidadosamente trabado. El cotejo de lo que es usual en otros conjuntos sepulcrales contemporáneos nos lleva a pensar que hubo una discriminación de los huesos a enterrar –no se trata de un fenómeno de conservación diferencial–: es por tanto un enterramiento secundario.

Hay en San Quílez toda una esfera ritual que va más allá del mero alojamiento de cadáveres: la localización del dispositivo, el tratarse de inhumaciones secundarias y el ajuar que acompaña a los muertos dota a la arquitectura de un carácter propio. Efectivamente, los escasos utensilios se significan: por el uso de unas variantes silíceas muy específicas en cuanto a sus caracteres externos y su procedencia exógena, cuando en el entorno inmediato del monumento hay abundantes bancos silíceos de gran calidad; y por una fragmentación del menaje cerámico que se distribuye alrededor del área donde se alojaron los huesos.

Lo ritual, lo simbólico supera las necesidades funerarias y dota de significado al túmulo de San Quílez.

AGRADECIMIENTOS

Agradecemos a T. Urigoitia, descubridor junto a J.A. Madinaveitia, del monumento, su amabilidad al habérselo mostrado, y su disposición durante la excavación;

A Irantzu Elorrieta, Hugo Huidobro, Iratxe Iturriaga, Olga Juárez, David Larreina y Unai Perales por participar en las labores de campo y laboratorio;

Al Ayuntamiento de Treviño por subvencionar parcialmente la excavación.

BIBLIOGRAFÍA

ALDAY, A., ORTIZ DE URBINA, C. y SÁENZ DE BURUAGA, A.
1993 Aproximación al pensamiento prehistórico en la historiografía del siglo XIX: el dolmen de Aizkomendi y la superación de los mitos históricos, *Boletín de la Fundación Sancho El Sabio*, año 3, 2º época, núm. 3, 19-67.

ALTUNA, J., APELLÁNIZ, J. M., y RODRÍGUEZ ONDARRA, P.
1998 Excavación de la estación de túmulos de Satui-Arrolamendi. Legazpia (Guipúzcoa), *Munibe*, XVI (1-2).

ANDRÉS RUPÉREZ, T.

1977 Los sepulcros megalíticos de Artajona. *Príncipe de Viana*, 148/149. Pamplona (Navarra).403-422.
1978 *Estudio tipológico-arquitectónico de los sepulcros del Neolítico y Calcolítico* de la cuenca media del Ebro. Universidad de Zaragoza, Zaragoza.
1998 *Colectivismo funerario neo-eneolítico. Aproximación metodológica sobre datos de la cuenca alta y media del Ebro*. Institución Fernando el Católico. Diputación de Zaragoza, Zaragoza.

APELLÁNIZ, J. M.

1965 Monumentos Megalíticos de Vizcaya y Álava, *Munibe* XVII (1-4), 72-86.
1973 *Corpus de materiales de las culturas prehistóricas con cerámica de la población de cavernas del País Vasco meridional*, *Munibe, suplemento nº 1*. Sociedad de Ciencias Aranzadi, San Sebastián-Donostia.

APELLÁNIZ, J. M. y FERNÁNDEZ MEDRANO, D.

1978 El sepulcro de galería segmentada de la Chabola de la Hechicera (El Villar, Álava). Excavación y restauración, *Estudios de Arqueología alavesa*, 9, 141-221.

ARANZADI, T. y ANSOLEAGA, F.

1915 *Exploración de cinco dólmenes de Aralar*, Pamplona.

ARANZADI, T., BARANDIARÁN, J. M. Y EGUREN, E.

1919 Exploración de seis dólmenes de la sierra de Aizkorri. *Euskalerrriaren Alde* 9, 9-47.
1919b *Exploración de nueve dólmenes del Aralar guipuzcoano*, Diputación de Guipúzcoa, San Sebastián-Donostia.
1920 *Exploración de siete dólmenes de la sierra de Ataun-Burunda*, Diputación de Guipúzcoa, San Sebastián-Donostia.

ARMENDÁRIZ, A., ETXEBERRÍA, F. Y HERRASTE, L.

1998 Excavación de la cueva sepulcral Nardakoste IV (Oñati, Gipuzkoa). *Munibe* (Antropología-Arkeología), 50. San Sebastián-Donostia, 111-120.

ATAURI, T., ELÓSEGUI, J. Y LABORDE, M.

1951 *Exploración de tres dólmenes de la estación dolménica de Igoín-Akola (Guipúzcoa)*, Grupo de Ciencias "Aranzadi" de la Real Sociedad Bascongada del Amigos del País, 4. 1. Sociedad de Ciencias Aranzadi, San Sebastián-Donostia.

BARAIBAR, J. P. y DE LA RUA, C.

1995 Estudio antropológico de la población de Pico Ramos (Muskiz, Bizkaia), *Munibe*, (Antropología-Arkeología), 47. Sociedad de Ciencias Aranzadi. San Sebastián-Donostia, 151-175.

BARANDIARÁN, J. M.

1971 Excavaciones arqueológicas en Álava en 1957 y 1958, *Investigaciones arqueológicas en Álava 1957-1968*, 91-110.

BARANDIARÁN, J. M. y FERNÁNDEZ MEDRANO, D.

- 1964 Excavaciones del dolmen de San Martín (Laguardia), *Boletín de la Institución Sancho el Sabio*, VIII, 41-66.

BARANDIARÁN, J. M., FERNÁNDEZ MEDRANO, D. Y APELLÁNIZ, J. M.

- 1964 Excavación del dolmen de El Sotillo, *Boletín Sancho el Sabio*, t. VIII, nº 1-2, 9-28.
1971 Excavación del dolmen de El Sotillo (Rioja Alavesa), *Investigaciones arqueológicas en Álava 1957-1968*, 33-86.

CAVA, A.

- 1984 La industria lítica en los dólmenes del País Vasco meridional, *Veleia* 1, 51-156.

DELIBES DE CASTRO, G., ROJO GUERRA, M. Y REPRESA BERMEJO, J. I.

- 1993 *Dólmenes de La Lora. Guía Arqueológica*. Junta de Castilla y León. Consejería de Cultura, Valladolid.

DELIBES, G., ROJO GUERRA, M. Y SANZ MÍNGUEZ, C.

- 1986 Dólmenes de Sedano II. El sepulcro de las Arnillas en Moradillo, *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 27, 9-39.

ETXEBERRÍA, P.

- 1986 Paleopatología de los restos humanos de la Edad del Bronce procedentes de Gobaederra (Álava). *Munibe: Antropología y arqueología*, 38, Sociedad de Ciencias Aranzadi, San Sebastián-Donostia, 3-17.
1987 Los restos humanos de la cueva sepulcral de Iruaxpe I (Aretxabaleta, Guipúzcoa), *Munibe: Antropología y arqueología*, 39, Sociedad de Ciencias Aranzadi, San Sebastián-Donostia, 77-79.
1987b Paleopatología de los restos humanos de la Edad del Bronce procedentes de Gobaederra (Álava). *Munibe: Antropología y arqueología*, 38, Sociedad de Ciencias Aranzadi, San Sebastián-Donostia, 3-18.
1989 Restos humanos de época calcolítica procedentes de la cueva sepulcral de Urtao II (Oñati, Guipúzcoa), *Munibe: Antropología y arqueología*, 41, Sociedad de Ciencias Aranzadi, San Sebastián-Donostia, 63-70.

FERNÁNDEZ ERASO, J.

- 2003 Las Yurdinas II (Peñacerrada Urizaharra, Alava): un depósito funerario entre finales del IV y comienzos del III milenio BC, *Memorias de Yacimientos Alaveses*, 8, Diputación Foral de Álava.

FERREIRA, A. *et alii*.

- 1990 El hábitat en la prehistoria en el valle del Río Rojo (Álava), *Isturitz: Cuadernos de prehistoria - arqueología*, 3, Sociedad de Estudios Vascos, San Sebastián.

GÓMEZ JUNGUITU, A.

- 2003 Los restos humanos: análisis de los restos morfológicos, FERNÁNDEZ ERASO, J. (dir.) Las Yurdinas II (Peñacerrada Urizaharra, Alava): un depósito funerario entre finales del IV y comienzos del III milenio BC, *Memorias de Yacimientos Alaveses*, 8, 109-126.

MALUQUER DE MOTES, J.

- 1963 Notas sobre la cultura megalítica de Navarra, *Príncipe de Viana*, 92-93.

MERINO, I.

- 1991 Estudio del material óseo humano de los yacimientos de Lerrarte y Trikuaitzi I (Guipuzkoa), *Munibe: Antropología y arqueología*, 43, Sociedad de Ciencias Aranzadi, San Sebastián-Donostia, 105-165.

MUJICA, J. A. y ARMENDÁRIZ, A.

- 1991 Excavaciones en la estación megalítica de Murumendi (Beasain): Túmulos de Trikuaitzi I y II y dolmen de Larrarte. *Munibe: Antropología y arqueología*, 43, Sociedad de Ciencias Aranzadi, San Sebastián-Donostia.

ONTAÑÓN, R. Y ARMENDARIZ, A.

- 2005-2006 Cuevas y megalitos: los contextos sepulcrales colectivos en la Prehistoria reciente cantábrica. *Munibe: Antropología-Arkeologia* 57-2, Sociedad de Ciencias Aranzadi, San Sebastián-Donostia, 275-286.

ORTIZ, L. *et alii*.

- 1983 El núcleo de poblamiento postpaleolítico de Larrenke (Mijancas-Santude), *Estudios de Arqueología Alavesa*, 11, 187-285.

RÚA, C. DE LA Y BARAYBAR, J. P.

- 1995 Estudio antropológico de la población de Pico Ramos (Muskiz, Bizkaia): Consideraciones sobre la demografía, salud y subsistencia, *Munibe: Antropología y arqueología*, Sociedad de Ciencias Aranzadi, San Sebastián-Donostia, 151-175.

RUIZ DE AZÚA, P.

- 1918 Sepultura tardenoisiense de Axpea, cerca de Trespuentes (Álava), *Boletín de la Real Sociedad de Historia Natural*, 18, 483-495.

VEGAS, J. I.

- 1981 Túmulo-dolmen de Kurtzebide Letona. Memoria de la excavación, *Estudios de Arqueología Alavesa*, 10, 19-66.